

LA LENGUA ES COMPAÑERA DEL IMPERIO

ENTREVISTA A ATILIO BORON

ROCCO CARBONE

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

ESTEBAN RODRÍGUEZ ALZUETA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

ATILIO BORON ES, QUIZÁ, UNA DE LAS VOCES MÁS AUTORIZADAS E IMPORTANTES EN AMÉRICA LATINA SOBRE ESTOS TEMAS. VIENE SIGUIENDO LA RELACIÓN CON LOS EE.UU. DESDE HACE VARIAS DÉCADAS. SOCIÓLOGO Y POLITÓLOGO, DOCENTE EN LA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, PROFESOR INVITADO EN DISTINTAS UNIVERSIDADES DEL MUNDO, EX INVESTIGADOR DE CONICET, Y AUTOR DE NUMEROSOS LIBROS SOBRE LA MATERIA, ENTRE ELLOS, AMÉRICA LATINA EN LA GEOPOLÍTICA DEL IMPERIALISMO; ESTADO, CAPITALISMO Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA; IMPERIO & IMPERIALISMO; TRAS EL BÚHO DE MINERVA. MERCADO CONTRA DEMOCRACIA EN EL CAPITALISMO DE FIN DE SIGLO. ACTUALMENTE ES EL DIRECTOR DEL CICLO DE COMPLEMENTACIÓN CURRICULAR EN HISTORIA DE AMÉRICA LATINA DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE AVELLANEDA, Y DIRIGE EL PLED (PROGRAMA DE EDUCACIÓN A DISTANCIA EN CIENCIAS SOCIALES DEL CENTRO CULTURAL DE LA COOPERACIÓN FLOREAL GORINI). CON BORON NOS CENTRAMOS EN LOS EE.UU., EN EL LOBBY QUE LAS AGENCIAS DE ESE PAÍS ENSAYAN PARA PERMEAR A LOS POLICÍAS Y MILITARES DE LA REGIÓN.

Los gobiernos pasan y las bases militares norteamericanas permanecen. Cambian de lugar, se modifican los fundamentos, las matrices argumentativas, los clisés, pero los EE.UU. continúan interviniendo militarmente en los países de la región, el lobby nunca declinó. La intervención militar es una de las *invariantes históricas* que, a esta altura, tiene—como señaló Juan Gabriel Tokatlian—un estatus *estructural*. Hace 10 años que se publicó *Territorios vigilados*, un libro de Telma Luzzani que acaba de reeditarse. Para vos, ¿Qué ha cambiado desde entonces en Sudamérica? ¿En qué nueva fase estamos hoy día? Te lo preguntamos de otra manera: hace diez años Luzzani nos decía que en el Sur Global se había producido un despliegue militar nunca antes visto, que la caída del muro y el declive de la bipolaridad, lejos de hacer retroceder el poderío militar de los Estados Unidos en la región, había significado un fortalecimiento del intervencionismo, que los EE.UU. destinaba cada vez más presupuesto o recursos a la expansión militar (Pentágono), policial (DEA) y espionaje (CIA). ¿Cómo estamos hoy? ¿Hubo un retroceso, ha cesado el despliegue de los EE.UU. en América del Sur?

Lejos de haberse producido un repliegue de EE.UU. en la región, lo que hubo fue una expansión. Desde el momento en que Telma Luzzani publicó su libro *Territorios Vigilados*, se instalaron nuevas bases militares, aeronavales o navales en la región. Te puedo nombrar concretamente la de Fuerte Aguayo, en Concón (Chile), y la que están construyendo acá en la Argentina, en las cercanías de Vaca Muerta. En ambos casos ni el público ni los órganos legislativos fueron informados del asunto, lo que constituye un verdadero escándalo. Ha habido una expansión de bases militares también en el Perú y en Panamá. Yo me atrevería a decir que, si hoy hacemos un recuento cuidadoso, las bases son por lo menos unas cinco o seis más de las que teníamos hace 10 años atrás.

No solamente que son más, sino que a ellas hay que agregarles las instalaciones que tiene la DEA, que normalmente no pasan como bases militares de los EE.UU., pero que, en realidad, son bases encubiertas y que sirven de apoyo y en cualquier momento pueden transformarse rápidamente en bases militares de tránsito. Hoy estamos en una fase en

donde EE.UU. ha afianzado y fortalecido su presencia militar en la región y en todo el mundo. Ha cambiado su doctrina militar y la aplicación de la fuerza bruta se reserva como un recurso de última instancia. Ahora los estrategas e intelectuales del Pentágono han incorporado lo que han dado en llamar "Disuasión Integrada". En esta nueva modalidad de intervención se combina el aparato militar con, según expresiones de Lloyd Austin III—Secretario de Defensa de los EE.UU.—"la presión diplomática, la aplicación de la ley internacional (en realidad, se refuerza la extraterritorialidad de las leyes estadounidenses), la profundización de alianzas, las iniciativas geoeconómicas, y la labor de los medios de comunicación", (es decir, el muy conocido terrorismo mediático que padecen los gobiernos populares en América Latina y el Caribe). O sea que, desde el punto de vista de la presencia de EE.UU., no cabe ninguna duda que ésta se ha diversificado y fortalecido. Y esto pese a que estamos en una fase de transición hegemónica en donde el efímero unipolarismo norteamericano ya es un recuerdo sólo para consumo de los nostálgicos y que se ha reconfigurado el sistema internacional con una pluralidad de actores de mucho peso, aunque ninguno tiene el poderío que supo tener EE.UU. en el apogeo de su primacía. Pero, aun así, tienen la fuerza suficiente como para entorpecer—y a veces desbaratar—las iniciativas de Washington. Ante esa realidad, lo que ha hecho EE.UU. es replegarse sobre América Latina y fortalecer su presencia en nuestros países. Fidel y el Che recordaban a menudo que nuestros países tienen la penosa condición de ser la "retaguardia estratégica" de Estados Unidos en épocas de crisis.

Hay que tener en cuenta que estamos navegando en una época de transición hacia un mundo post hegemónico. Esa es la tesis que formulé en el año 1994 en una revista norteamericana que se llama *Security Dialogue*. Ahí hablaba del fin de la Pax Americana y me ponía como gran interrogante "¿Hacia un mundo post-hegemónico?". Y, efectivamente, estamos marchando hacia un mundo post-hegemónico, porque es absurdo pensar que China va a ocupar el sitio de hegemonía mundial que durante tanto tiempo detentó EE.UU. En un contexto así,

América Latina adquiere ahora una renovada importancia. Y eso se nota en las permanente visitas y “giras de trabajo” de altos funcionarios del gobierno de EE.UU. que vienen para América Latina motivados por un propósito excluyente: solicitar a los gobiernos de la región que no permitan que China y Rusia se introduzcan en la región con sus empresas y desarrollos tecnológicos, y que hagan toda clase de esfuerzos para favorecer la inversión de corporaciones de EE.UU. y de la tecnología desarrollada en ese país.

En una época de turbulenta transición como la actual, en donde Ucrania y Taiwán son los dos puntos más calientes del sistema internacional, Washington puede abandonar África a su suerte, podría inclusive llegar a hacer lo propio con Asia, pero a América Latina no la va a abandonar jamás. Es una tesis que yo desarrollé en el libro *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Para EE.UU., América Latina es la región más importante del mundo. Más allá que te digan los funcionarios “No, nos importa más el Medio Oriente, Asia Central, nos importa más Europa...” ¡Macanas! En un gobierno como el de Maurice Bishop en Granada, una pequeña isla de 80.000 habitantes y exportadora de nuez moscada, lanzaron en 1983 una intervención militar (denominada “Operación Furia Urgente”) con 7.300 marines apoyados por portaaviones, tres destructores, dos fragatas. Las “razones” para esta agresión: las obras de extensión de la pista de un pequeño aeropuerto iniciadas a los efectos de captar una parte del creciente turismo al Caribe fueron interpretadas como un plan para facilitar el aterrizaje de los aviones de guerra soviéticos. Fue suficiente para masacrar a medio gobierno y desterrar, hasta el día de hoy, cualquier iniciativa democrática. Eso en Granada, en el Caribe. En cambio, hoy tenés, por ejemplo, en Laos, un gobierno que responde a la versión más radicalizada del maoísmo, con un sistema de partido único y todos los rasgos que Washington estigmatiza como totalitarios. Sin embargo, la situación del país asiático no despierta el menor interés por parte del gobierno de Estados Unidos ni desata campañas periodísticas o diplomáticas o sanciones económicas en su contra. ¿Por qué? Porque

Laos está en Asia ¡Qué le importa Asia! “¡Qué se mueran todos!”, como me dijo una vez un académico norteamericano, “pero América Latina—prosiguió diciendo—es otra cosa. América Latina es nuestro espacio propio, un componente decisivo de nuestra seguridad nacional y eso no lo podemos perder”. Para concluir, yo creo que, en este contexto sociopolítico mundial, la presencia militar de EEUU en la región se ha fortalecido. Misiones, cursos de formación para policías, a militares, visitas, intercambios de todo tipo, ejercicios conjuntos y un protagonismo cada vez mayor del Comando Sur en la región.

¿Cómo impactó la gestión de Trump en la política diplomática y militar de los EE.UU.? ¿Qué continuidades y discontinuidades hay entre la “doctrina Obama” y Trump?

En la gestión de Trump hay muchas continuidades con lo que había hecho Obama. Trump lo que hizo fue endurecer algunas sanciones económicas, y de otro tipo, en contra de Venezuela, Cuba y Nicaragua. No hubo una ruptura entre Trump y Obama. Lo que éste quería era un cambio de régimen en aquellos países. Y Trump quiere lo mismo. Solo que apelan, en parte, a distintas metodologías. Al fin y al cabo, Obama impuso numerosas sanciones económicas en contra de esos países. Él fue quien tuvo el descaro, y el deshonor, de emitir un decreto por el que declaraba que “Venezuela era una amenaza inusual y extraordinaria a la seguridad nacional de los EE.UU.” Trump nunca hizo una declaración de ese tipo. Yo creo que no hay una ruptura entre Obama y Trump, sino agendas levemente diferentes; tampoco discontinuidades de fondo entre Trump y Biden. Éste no ha relajado sino muy marginalmente las tremendas sanciones económicas que se aplican a Cuba y Venezuela. Las de la Isla las acaba de renovar por un año más hace unos pocos días. Creo que, en ese sentido, prevalecen los elementos de continuidad más que los de cambio. Con Obama el estilo era un poco diferente, pero la sustancia de la política exterior de EE.UU. fue siempre promover esos cambios de régimen. Y el estilo de Obama,

Trump y Biden, por diferentes que sean, obedecen a la misma lógica imperial que es la que realmente dicta las políticas.

Obama es un tipo muy inteligente, muy bien formado, a diferencia de Trump y de Biden. Inclusive, en un cierto sentido, fue un activista progresista en la comunidad afroamericana de Chicago. Obama es un académico, un *scholar*, que tenía un enfoque mucho más sofisticado, pero, al mismo tiempo, tiene un récord de asesinatos con drones que es superior al que tiene Trump y del que, hasta ahora, tiene Biden. Pero Trump, por increíble que parezca tiene mucha más astucia política y por eso se lo percibe como el "*front runner*" con vistas a las presidenciales del 2024. En ese sentido, vemos que cambian las formas, los estilos, te aparece un tipo que es un *scholar* como Obama o como John Kennedy... pero las cosas no cambian demasiado. Kennedy te organizo la inversión de Bahía Cochinos y tuvo que ver con la Guerra de Vietnam en los inicios. De manera que ahí no hay mucha posibilidad de hacerse ilusiones sobre estos cambios. Como decíamos más arriba, la lógica imperial, el cálculo geopolítico y económico es el que preside las decisiones de la Casa Blanca, con independencia del signo político o el color de la piel de su ocupante.

La intervención de los EE.UU. está acompañada por una lengua sembrada de eufemismos. Lo que *es*, en ella, está recubierto de otro modo del decir que encubre su *real* significación. Esa lengua tiende a orientar las formas cognitivas de quienes somos receptores de sus "tráficos". Ya no se habla de "colaboración" sino de "seguridad cooperativa", las "bases militares" fueron reemplazadas por los "sitios de operaciones de avanzada" (FOL), ya no se dice "mercenarios sino "contratistas privados" y que los militares estadounidenses en el extranjero ya no son "asesores" sino "instructores", "personal de apoyo" o "personal logístico". Pero tal vez una de las categorías diplomáticamente correctas más difundidas, que permitió el tráfico de las prácticas de siempre fueron las "misiones humanitarias", la "cooperación cívica humanitaria", la "ayuda humanitaria". ¿Qué rol tuvieron y tienen las

misiones humanitarias en general en América del Sur? ¿Qué papel tuvo Haití, donde participaron policías y militares de distintos países?

Es una pregunta muy interesante, porque plantea muy bien la guerrilla semántica permanente. En donde ellos vienen ganando desde hace mucho tiempo. Y la "ayuda humanitaria", en general, por lo menos en lo que hace a los países de América Latina y sobre todo el Caribe, a Haití, que es el caso más grave es un resultado de un siglo de permanente hostigamiento, invasiones y acosos de los gobiernos de Estados Unidos sobre ese sufrido país, el primer territorio libre de América desde 1804. En Haití esa "ayuda" estaba en parte justificada, como me decían algunos haitianos, por el catastrófico derrumbe del orden estatal en ese país. Haití es, en estos momentos, una sociedad sin Estado, sin que haya un mínimo orden estatal y legal que ordene la vida social. Es lo más parecido que he visto a un estado hobbesiano, en donde se libra una guerra entre las principales bandas de mercenarios y narcotraficantes ante un estado inerte e impotente y una sociedad aterrorizada y rehén de los señores de la guerra.

Esta es una situación que se origina ya hace mucho tiempo. Y tiene que ver con que las tentativas de reforma que hubo en Haití fueron abortadas por EE.UU. Concretamente, derrocaron a Jean-Bertrand Aristide y, después de eso, evidentemente no hubo muchas chances de que ese país pudiera darse una organización política, un cierto orden social estable, que le permitiera resolver los problemas gravísimos que tiene esa sociedad azotada por huracanes y por dos terremotos en los últimos años. Una sociedad en la que no tenés seguridad social, ni educación pública mínima, ni un sistema de asistencia médica. Es evidente que este cuadro ofrece una justificación para la "ayuda humanitaria." Como dice Noam Chomsky, la Casa Blanca primero crea el problema y luego viene a ofrecer su "solución." La "ayuda humanitaria" casi siempre es una táctica para justificar la ocupación militar de un país como Haití que, si no me falla la memoria, es el país que más invasiones militares sufrió de parte de EE.UU. Ahí la pelea está entre Haití y Nicaragua, y creo que gana Haití. Porque, además, cuando

EE.UU. invade Haití en 1915 la primera vez, se quedan como diecisiete años, casi veinte años, y dejan de herencia poco después al régimen de Duvalier.

Esas ayudas han servido de taparrabos, para ocultar el verdadero motivo que era ganarse la anexión de esas colonias, o no colonias, pero sí países colonizados. Destruídos por el Tratado de Libre Comercio, por la obligada importación de alimentos que antes se producían en el país, por el impacto de la emigración haitiana, sobre todo a Nueva York y por una explosiva combinación de pobreza y corrupción extremas. Esto le da a EE.UU. una manija enorme para controlar políticas de Haití, a través del control de las remesas. Las remesas son un factor de fragilidad tremendo en los países del Caribe y de Centroamérica, varios de ellos con sus economías destruidas o totalmente dependientes. Esto fue particularmente grave en los años de Clinton, que forzó la apertura comercial de productos agrícolas en Haití, destruyendo, por ejemplo, la economía del arroz y del maíz. Antes Haití, a pesar de su pobreza, era autosuficiente en materia alimenticia y ahora no, ahora depende de las importaciones. Pero el país no tiene recursos. ¿Qué está exportando Haití? No exporta nada. Lo que tenés es un desplome económico y, al mismo tiempo, una crisis política fenomenal. Como te decía, en este momento no hay autoridad estatal en Haití. Lo que me dice la gente conocida es que lo que tenés son señores de la guerra vinculados con el narcotráfico y con los restos del aparato estatal que son los que se disputan el control sobre la ciudad, sobre los mercados. En ese sentido, la "ayuda humanitaria" es simplemente tratar de evitar que todo eso termine en una debacle aun mayor y que pueda poner en peligro o expandirse hacia toda la zona del caribe, o inundar a Nueva York con oleadas de refugiados haitianos. Eso es lo que EE.UU. está haciendo ahí, nada más. Las "ayudas humanitarias" nunca funcionaron. No sólo en Haití, tampoco en la ex Yugoslavia, en Afganistán o en Irak. La "ayuda humanitaria" es un nombre muy dulcificado para hablar de una intervención o una política de anexión colonial, lisa y llana, que EE.UU. está practicando en casi todo el mundo. Les repito, Washington primero

destruye y luego viene a ofrecer una solución: la “intervención humanitaria.”

¿Cuál te parece que es el impacto de la multiplicación de las bases militares en la gestión de la defensa y la seguridad en los países de la región?

Ni defensa ni seguridad. Nada. Defensa no, porque no estamos en guerra y no ha habido ataque alguno desde la época de las Malvinas, en 1982. Y allí tampoco sirvió, porque Estados Unidos archivó aviesamente el TIAR que lo obligaba a alinearse con la Argentina. Y de seguridad menos, porque, lo que estamos viendo son países que están sumidos, en general, en una preocupante inseguridad ciudadana cotidiana. El avance del narco en países como México, en gran parte de Centroamérica, Brasil, en algunas regiones de Argentina y de Chile, en Perú, para no hablar de Colombia, ha sido impresionante. Además, hay una asociación muy perversa entre presencia militar norteamericana y expansión de los cultivos psicotrópicos. Según la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC) Colombia llega al apogeo de la exportación de cocaína mientras tiene siete u ocho bases norteamericanas instaladas en su territorio. Y en Afganistán, en esos veinte años de ocupación norteamericana, fue impresionante la expansión del cultivo de amapola y la exportación de heroína. La presencia militar de los EE.UU. lejos de garantizar un orden interno, combatir al narcotráfico, fortalecer la seguridad ciudadana y la convivencia pacífica lo que hace es potenciar la gravitación del crimen organizado, de organizaciones paramilitares y de mafias, organizaciones que vos (Rocco Carbone) has estudiado muy bien.

Al mismo tiempo, retomo lo que dice más arriba y se puede afirmar que se ha mantenido la defensa nacional simplemente porque no ha habido ataque, porque América Latina y el Caribe es, de lejos, la zona más pacífica del planeta. Comparado con África, con Europa, con Asia, la nuestra es una zona donde no tenés guerras. Honduras y El Salvador protagonizaron la “Guerra del Fútbol” por cien días en Julio de 1969,

hace ya más de cincuenta años. Hubo una operación militar pequeña de Colombia sobre Ecuador en los años de Rafael Correa, pero persiguiendo algunos guerrilleros. No es que hubo una guerra, un enfrentamiento entre ambos países. O sea que, en términos de defensa, estamos bien, pero porque no nos atacan. Si nos vienen a atacar, estos países no tienen defensa. Ninguna. La defensa estaría dada por EE.UU., que asumiría, para beneficio propio, la defensa de una región y después se quedan con esa región. De hecho, la principal "amenaza externa" que enfrentan los países de la región son las invasiones de Estados Unidos, como las perpetradas en Cuba (1961), Panamá (1964 y 1989), República Dominicana (1965), Granada (1983) y Haití (2004).

Resumiendo: la defensa norteamericana no garantiza ni seguridad interior ni la defensa exterior. Con el agregado de que EE.UU. ha venido teniendo cada vez más injerencia en la conformación ideológica de las Fuerzas Armadas de América Latina, y no solo las Fuerzas Armadas sino también en las poderosas policías de la región. Por ejemplo, en Argentina una amenaza más grave que las Fuerzas Armadas es la fuerza policial. La Policía de la Provincia de Buenos Aires tiene unos 90.000 efectivos mientras que el ejército de tierra cuenta con unos 50.000, en números redondos. Y es gente que está toda influenciada, socializada, educada, instruida y armada, por el gobierno de EE.UU. a través de las más diversas agencias en una operación de muy largo aliento y que lleva muchos años. En relación a las Fuerzas Armadas hace algunos años cuando Evo Morales, gobernaba Bolivia, creó su famosa Escuela Anti-Imperialista, y a mí me invitó para inaugurar el curso. Pasé una semana en Santa Cruz de la Sierra, hablando con los militares y policías bolivianos, y me impresionó de una manera profunda el grado de identificación que tenía esa gente con los EE.UU. y sus institutos armados. Al punto tal que me discutían las cuestiones aún más elementales. Por ejemplo, que el ejército de EE.UU. tenía, en todas las líneas, mejores armas que cualquier ejército del mundo. Ante lo cual yo les mostraba artículos de revistas militares norteamericanas en donde, por ejemplo, comparaban la eficacia de la Kalasnikov rusa con el M16,

que es el fusil de asalto de los marines, y los propios estadounidenses decían que la Kalasnikov era superior. Les leía, les traducía, les mostraba y me decían que les estaba mintiendo, que no podía ser. Es más, había también gente de la aviación y me decían que las escafandras de los pilotos de la Fuerzas Aérea de EEUU eran las mejores del mundo. Yo había leído, preparando materiales para el curso, un artículo que decía que las escafandras más eficaces (que incluso EE.UU. estaban utilizándolas) eran las suecas. Y los tipos decían que no, que las americanas eran mejores, y que los más avanzados aviones de combate del mundo eran los norteamericanos. Yo les decía, "¿Ustedes conocen el Sukhoi ruso, conocen el otro, el Chengdu J-20 chino, o el JF-17 de los pakistaníes, tan buenos como el F-35 de EEUU?" Respuesta: "No, no existe eso".

Tan grave fue la cosa en un momento perdí un poco los estribos y les dije "bueno, a ver, yo necesito saber cuál es la hipótesis de conflicto que tiene el ejército boliviano". A coro me respondieron todos "Chile". Entonces, me la dejaron servida y les dije "¿Ustedes creen, por casualidad, que en caso de que hubiera una guerra entre Bolivia y Chile—ambos países equipados militarmente por los EE.UU.—Washington le va a seguir dando armas a los dos?". "¡Pues sí, claro, seguro!". "Pero, por favor, no sean ingenuos", respondí fastidiado. "Chile ha sido un aliado de histórico de EEUU durante el último siglo y medio de EE.UU. mientras ustedes para Washington eran un factor de permanente inestabilidad regional. EE.UU. le haría a Bolivia como Francia e Inglaterra hicieron con nosotros en la guerra de Malvinas. Argentina estaba repeliendo a la flota británica con los cohetes franceses, los Exocet. Una vez que Inglaterra le exigió a Francia que dejara de venderle ese misil, Argentina quedó inerme, y ustedes van a quedar igual. Cuando se les acaben las balas o se inutilicen el equipamiento militar (armas, tanque, carros de asalto, etcétera) no vendrán nuevos suministros porque EE.UU. entre Bolivia y Chile—y digo con profundo dolor—se va a quedar del lado de Chile y a ustedes no les van a ayudar, o les otorgarán una ayuda mínima, simbólica, y nada

más. Entonces, esa actitud de jugarse a un solo proveedor de armas es un error muy grande y pueden pagarlo muy caro”.

Además, lo que les dije es que quien provee de armas también define quien es el enemigo y define la orientación política. No es gratuito. Y eso lo estamos viendo en los renovados esfuerzos del Comando Sur, que está muy interesado en expandir la colaboración y las partidas para los militares latinoamericanos, porque saben muy bien que, junto con las armas y equipos, con los entrenamientos y los ejercicios conjuntos están definiendo el enemigo. Y si en el plano internacional los enemigos son China, Rusia, Irán, Venezuela, Cuba, Nicaragua y otros más, en el plano interno los enemigos somos nosotros, los que estamos planteando una salida nacional, popular, de izquierda, progresista a la crisis actual del capitalismo. Ni siquiera revolucionaria. No hace falta proponer una salida revolucionaria para ganarte la ira del imperio; basta para ello con un módico reformismo. ¡Te das cuenta! ¡Les conté todo eso, pero me impresionó la identificación absoluta de estos militares bolivianos con los EE.UU. como el país garante de la libertad!

Por otra parte, es innegable que hay un componente de corrupción muy importante en el vínculo entre EE.UU. y los militares y los policías de acá: la pequeña corrupción. Porque ellos llevan a nuestros hombres y mujeres de uniforme a EE.UU., les hacen participar en cursos, les ofrecen becas o estipendios de diverso tipo, les hacen regalos y de a poco logran ponerlos a su servicio. Hay episodios de ese tipo que hacen que la influencia de EE.UU. en las Fuerzas Armadas de la región sea realmente impresionante, que excede con creces lo que es la “ayuda militar” o la compra de armas. Salvo que haya gobiernos que se tomen muy en serio este problema, ahora, así como están las cosas naturalmente nuestros ejércitos están preparados para auxiliar a EE.UU. en cualquier guerra que se libere en cualquier parte del mundo. Y no es un dato menor que numerosos mercenarios que están hoy actuando en la guerra de Ucrania hayan sido reclutados entre el personal militar de este país.

¿Qué relación existe según tu punto de vista entre la geopolítica militar y el capitalismo extractivo? ¿Por qué es tan importante América del Sur para los EE.UU.?

Para la concepción geopolítica y geoeconómica estadounidense los países de Latinoamérica tienen una importancia trascendental. Porque este continente está dotado de la mayor cantidad y variedad de recursos naturales de todo tipo. Como solía decir un insigne venezolano, Alí Rodríguez, esa es nuestra fortuna, pero también nuestra maldición. Venezuela es primera reserva mundial de petróleo, segunda reserva mundial o primera de oro. Argentina, Bolivia y Chile concentran el 70%, más o menos, de las reservas de litio del planeta. Somos un continente excedentario en agua. Tenemos el Acuífero Guaraní, que es el más grande e importante del mundo. Agregale una capacidad para alimentar, fácil, quinientos o seiscientos millones de personas por encima de nuestra propia población, tal vez más. Contamos con todo tipo de minerales, desde los más comunes, como el cobre hasta los más exóticos y, sobre todo en el caso de Argentina, Chile y Brasil en Sudamérica un riquísimo litoral marítimo. Por si lo anterior fuera poco, Argentina es paso obligado hacia la Antártida, y nuestro país con Chile tienen la llave del paso bioceánico, crucial en el caso de que un atentado terrorista, una guerra o un accidente cualquiera pueda poner fuera de servicio al Canal de Panamá.

A los estrategas geopolíticos del imperio no se les escapan estos antecedentes, y a partir de ellos elaboran sus políticas. No solamente para mantener fuera de sus áreas de influencia a sus competidores—principalmente China y Rusia, pero también la India—sino para asegurarse que esos recursos van a estar disponibles exclusivamente para EE.UU. Y esto es lo que la actual jefa del Comando Sur, Laura Richardson, vino a decirle a Alberto Fernández pocos meses atrás y también se lo dijo a la Vicepresidenta. Que hay que mantener a China y Rusia fuera de la región y fortalecer los lazos comerciales con EE.UU. Creo que, además, nosotros somos una región que, a causa de la debilidad de la gran mayoría de los Estados (no digo todos porque

están las excepciones de Cuba, Venezuela y Nicaragua), somos países donde las concesiones que se le hacen a las empresas norteamericanas y, por lo general, a todas las multinacionales, son escandalosamente extraordinarias. Concesiones que, por ejemplo, no se obtienen en algunos países asiáticos o en Europa, pero sí se consiguen acá. Cuando todo esto es tomado en cuenta: la riqueza de recursos naturales, la ventaja económica, la proximidad con el mercado norteamericano y el deplorable acostumbamiento a la prepotencia estadounidense (en una región víctima de innumerables invasiones, golpes de estado, asesinatos políticos encargados por la metrópolis imperial amen de otras formas de intromisión) la atracción que ejerce nuestra región sobre Washington se convierte en algo irresistible. Además, su gobierno sabe que como potencia imperial EE.UU. esta bendecido por el hecho de estar protegido de sus rivales por dos grandes océanos y tener fronteras con solo dos países, México y Canadá ¿Sabés cuántas fronteras tiene China? Dieciséis. Y Rusia catorce. Eso le da a EE.UU. una ventaja enorme en esta parte del mundo y, por supuesto, en la escena internacional.

Y fronteras lingüísticas también...

Y fronteras lingüísticas también. Entonces creo que en ese sentido la geopolítica norteamericana hoy en día se encamina a asegurar, controlar América Latina; destruir a Rusia y neutralizar a China. Cuando digo "destruir a Rusia" digo hacer de Rusia lo que se hizo con Yugoslavia, o sea, una fragmentación en siete, ocho, diez países. Pensemos de que Rusia es el país más grande de la tierra, tiene 18 millones de kilómetros cuadrados, once husos horarios, es un país gigantesco. Podría ser el territorio de diez, quince países. Toda Europa occidental cabe varias veces dentro de Rusia. Y el plan americano es ese. Destruir Rusia, después tratar de hacer lo propio con China o por lo menos someterla, pero para eso es preciso tener la retaguardia latinoamericana bien segura. Nosotros tenemos que garantizarles que

les vamos a dar todo el petróleo, uranio, metales preciosos, litio que necesiten. Ese es el esquema en el cual ellos funcionan y dentro del cual cualquier arresto de autonomía o soberanía nacional de los países latinoamericanos es un problema, un muy grave problema.

Una de las novedades de la doctrina de las “nuevas amenazas” es la conformación de equipos interagenciales, integrados por la DEA, la CIA, Aduana, el Pentágono y las carteras diplomáticas o el Departamento de Estado. Nos gustaría que nos cuentes... ¿cómo es la articulación de las distintas agencias de los EE.UU. en Argentina? ¿Cuáles son las estrategias que despliegan las distintas agencias para permear a las fuerzas de seguridad y militares?

Hoy en día las estrategias han variado, claramente. La DEA, la CIA, la Aduana, Pentágono, las ONG, que son muy importantes y que en la Argentina tienen peso realmente impresionante. Hay una tesis doctoral que habla un poco de las ONG de EE.UU. acá en Argentina y que aporta estadísticas espeluznantes. La penetración que hay en este país es extraordinaria, y eso que no es el país más penetrado de América Latina, comparado con Chile, con Colombia, con México, por ejemplo. La Argentina ha sido menos colonizada por esas ONG, pero cuando miras los números es impresionante constatar los varios centenares que están trabajando aquí y en la región, y que aportan recursos, captan personal, ofrecen cursos de formación, tienen programas de becas, de viajes a los EE.UU. y desarrollan esas funciones “organizativas y conectivas” que tanto atraían la atención de Antonio Gramsci. Hay un despliegue fenomenal de eso que Joseph Nye llamó el “poder blando” y que tiene marcadas consecuencias políticas.

Hubo en los años de Trump un debate muy fuerte entre el Pentágono y el Departamento de Estado, porque Trump lo que hizo fue aumentar fuertemente el presupuesto militar a la vez que recortaba el del Departamento de Estado. Esto provocó un debate muy fuerte, porque la gente del Departamento de Estado antes de Mike Pompeo, no

recuerdo si estaba Rex Tillerson, lo que planteaban era que esa agencia realiza una función de preparación política, jurídica e ideológica fundamental que minimizaba la necesidad de la siempre costosa e impopular intervención militar. Y ellos la hacían a través de fondos que destinaban a ONG, o fondos que se iban directamente a través de las agencias oficiales como la USAID, o el NED, el Fondo Nacional para la Democracia, que depende del Congreso de los EE.UU. y no del Ejecutivo. Pero todos cumplían la misma función.

En la Argentina estas ONG están metidas en muchísimas fundaciones, centros culturales, institutos de investigación e inclusive universidades. La Fundación Libertad, por ejemplo, es poderosísima. Y financian muchas actividades, cooptan a mucha gente, tienen publicaciones, hace una tarea de difusión, organizan seminarios y contribuyen a consolidar una atmósfera cultural neocolonial y ferozmente capitalista. Creo que ha habido un despliegue muy fuerte y, en particular, sobre las fuerzas de seguridad, las fuerzas militares. Cuando uno mira los organismos de inteligencia de Argentina, están muy penetrados por sus pares norteamericanos, por el FBI, la CIA y un poco en menor medida por la Mossad israelí. Y esto lo vimos en el caso del incidente del avión venezolano, en donde estos tipos actuaron de una manera absolutamente desembozada. Un bochorno para la Argentina esta rastrera sumisión a la legislación y las simples resoluciones emanadas de Washington, por encima de las leyes de este país que inmovilizan por más de tres meses al avión y sus tripulantes. Esto quiere decir que hay una articulación muy de fondo. Gente que está entrenada, socializada, educada allá, en el "Norte revuelto y brutal que nos desprecia", como decía Martí.

En este marco hay que decir que hoy en día el papel de las Fuerzas Armadas ya no es el de antes, aunque nunca sabe que puede ocurrir si un gobierno se radicaliza por izquierda y qué papel pueden cumplir las Fuerzas Armadas. Yo no me haría ilusiones. Ahí vamos a ver realmente lo que es la gravitación real de EE.UU. De hecho, en la Argentina estoy

contemplando ya la instalación de una base militar americana, sin que haya una ley del Congreso, lo cual es absolutamente ilegal; tampoco lo hizo la legislatura provincial neuquina. En ambos casos es una vergüenza y un atropello institucional. Pero esto habla de las dificultades con las cuales podemos llegar a tropezarnos si EE.UU. lanza una ofensiva muy fuerte en contra de un gobierno popular en Argentina, y eso hay que darlo por descontado, EE.UU. no se va a quedar cruzado de brazos ante un gobierno que tenga un cierto grado de radicalismo, no hace falta que sea revolucionario. Y lo estamos viendo con los aprietes que está sufriendo un gobierno tan "inmoderadamente moderado" como el de Alberto Fernández, al cual EE.UU. no le perdona su discurso en la Cumbre de Los Ángeles, ellos se los están cobrando. No es casual. Hizo el discurso en la Cumbre, puso en aprietos a Biden y le secuestran al avión venezolano y detienen a sus tripulantes.

¿Qué papel te parece que juega la justicia y la industria cultural en la expansión del intervencionismo de los EE.UU.?

Recordá que cuando Trump manda su embajador acá, Edward Prado, lo primero que dice es que viene a ayudar a acentuar el profesionalismo y la eficiencia de la administración de justicia en la Argentina. Lo estamos viendo en estos días, con el juez Villena que detiene el avión, con el fiscal Luciani que vomita un exabrupto impresentable en la Causa Vialidad. Ellos tienen muy claro este asunto de la justicia y el *lawfare*. Es un tema que lo empezaron hace muchos años y tuvo enorme éxito. El caso de Lula, inhabilitado por un juez corrupto formado por ellos (asistió dos veces a los cursos de "buenas prácticas" organizados por el Departamento de Justicia de Estados Unidos). En materia cultural, bueno..., la presencia de radios que pertenecen directamente a empresas de EE.UU., o televisoras, (TELEFE me parece que es una empresa americana) o periódicos que responden sin fisuras a la línea editorial que baja Washington para su peonada latinoamericana. Acá

no hay ninguna legislación de protección del capital nacional, mucho menos en materia cultural. No hay una política de defensa del capital cultural e intelectual de la tradición argentina, para nada. Cosa que no podés hacer en otros países.

Hay que reconocer que EE.UU. prosee un aparato cultural formidable. Yo tengo una crítica frontal a esta política de hegemonía cultural, pero reconozco que es de una eficacia y de una calidad extraordinaria. Frente a esto, ¿qué hacemos nosotros? Frente a las películas de los EE.UU., ¿qué ofrecemos? ¿Las películas soviéticas en su época? ¿Qué películas? ¿Las iraníes que son muy buenas?, pero salvo un puñado la enorme mayoría de su producción es indescifrable fuera de sus fronteras. En el terreno cultural hay una cosa que me preocupa mucho y es que EE.UU. creó un imperio universal. Algo así como el imperio romano creó el suyo con la expansión del latín y la idea de la ciudadanía que los romanos establecieron y divulgaron por todas las regiones que estaban bajo su dominio. Los americanos es el otro imperio que hace lo mismo, con una eficacia abrumadora. Yo siempre pongo este ejemplo: si visitás las barriadas populares de Argentina, o de Rio de Janeiro, de Seúl, de Lagos, de Nairobi, del Trastevere de Roma, de Marruecos, vas a encontrar grupos de muchachos que visten igual, que comen lo mismo, que escuchan el mismo tipo de música, que tienen los mismos hábitos de consumo y diversión, idéntico desprecio por la política, que se enteran del mundo a través de sus teléfonos celulares. Esto habla de una hegemonía cultural que es fenomenal, que es, a mi juicio, algo decisivo para la estructura de un imperio. Por eso yo digo, cuando se dice "bueno, el imperialismo chino", China no tiene ninguna capacidad de construir un nuevo orden imperial, porque para empezar no tiene el idioma. Si no tenés el idioma, no tenés posibilidad de fundar un imperio universal. Los americanos y los ingleses tienen el idioma, y ahí me gusta citar a este cura, que fue el confesor de Isabel la Católica en España, Lebrija...

Un gramático era, Antonio de Lebrija...

Sí, un gramático, extraordinario, el cura le decía a la Reina Isabel: “está muy bien que vayamos a predicar el Evangelio en las nuevas tierras, pero rezando las misas en latín y todo lo demás, no se va a construir un imperio. Necesitamos que entiendan el castellano”. Y termina con una frase célebre, que yo la he usado mucho: “Recuerde, su Majestad, que la lengua es compañera del imperio”. Y EE.UU. lo entendió muy bien. Los chinos no tienen ninguna posibilidad—ni creo que tengan esa ambición—de armar una cultura mandarina universal, ninguna. Entonces, me parece que, por ese lado, EE.UU. va a seguir dando batalla mucho tiempo, aunque cada vez con más dificultades.

En tu opinión, ¿qué necesita América del Sur para resistir el despliegue militar de los EE.UU.?

La unidad, la unión. Por eso EE.UU. ha hecho de la desunión de América Latina el faro de su política exterior. Es una de las principales constantes de su política hacia América Latina, siempre buscan de fomentar la desunión. Lo hemos visto con los golpes de Estado y la incentivación de la desconfianza mutua. El *lawfare* es un resultado directo de estas políticas que hablábamos antes, de “educación” de jueces y fiscales, (también de periodistas, académicos, intelectuales en general) para hacer que miren al Norte y se olviden de los países hermanos de Latinoamérica y el Caribe. Y frente a la voracidad insaciable del imperio lo que nos puede salvar es la unidad, una toma de consciencia de nuestra historia y destino comunes. Esto requiere desarrollar una política inteligente de convergencia entre los países, potenciar la coordinación entre sus gentes, sus diálogos, intercambios, conocimientos recíprocos.

En ese sentido, Chávez fue un precursor extraordinario. Pero, desgraciadamente, fue un profeta en el desierto. Cuando propuso, por ejemplo, establecer el Banco del Sur, esta idea fue boicoteada por las segundas líneas de los gobiernos de Argentina, de Brasil, en general de

todos los países de la UNASUR. Los ministros de Economía, o de Hacienda o los presidentes de los bancos centrales se opusieron tenazmente a la iniciativa, y terminó por capotar. Un absurdo. Hoy en día, Argentina no estaría como está si existiera y funcionara el Banco del Sur. O cuando Chávez proponía también establecer un código sudamericano para la explotación racional del oro en la Cordillera de los Andes, para evitar eso que se llama *"race to the bottom"* (el abandono de los criterios de sustentabilidad ambiental) y detener la carrera entre los países para ver quien le ofrecía más ventajas a las empresas para atraerlas y descuidando por completo el daño ambiental. Fue desoído, y hoy tenemos una verdadera catástrofe ecológica en toda la Cordillera. Podríamos haber evitado todo esto simplemente buscando la unión, la coordinación, la articulación, pero eso cuesta mucho. Va en contra de tradiciones muy arraigadas en nuestros países. Y además Washington está muy atento y boicotea eso y para colmo las cancillerías latinoamericanas (con pocas excepciones) están dominadas por la cosmovisión norteamericana, por la idea de que EE.UU. es el país líder del mundo, el portaestandarte del mundo libre y que, por lo tanto, hay que alinearse con sus políticas y acompañar a EE.UU. en sus aciertos y aun también en sus crímenes. Por eso estamos como estamos.